

Cap. I.04

III Elecciones generales. 1982

La irrupción socialista

A diferencia de 1979, las elecciones generales de 1982 resultaron ser algo más que unos simples comicios. No sólo porque ayuntamientos y entes preautonómicos pasaron a tener su propio calendario electoral con diferentes configuraciones de poder y de partidos, sino porque a nivel nacional, marcaron el fin de la UCD y el alumbramiento de una nueva fase electoral caracterizada por la preeminencia del PSOE y la consolidación de la Coalición Democrática. En todo el país y también en Baleares.

Las elecciones locales y preautonómicas de 1979

En las elecciones locales y preautonómicas de abril de 1979, se esperaron resultados similares a las generales de un mes antes, aunque con una cierta desviación favorable hacia los partidos más pequeños o locales en detrimento de los más grandes. Y así fue. En todo el país, UCD fue nuevamente el partido más votado pero seis puntos menos que en las generales. El PSOE quedaba como segunda preferencia, con siete puntos menos, el PCE quedaba tercera fuerza, con tres menos y la CD la cuarta, también con tres menos, siendo todo este decremento compensado por partidos locales o regionales más o menos nacionalistas. En Baleares se cumplió la misma pauta: la UCD obtuvo un 43%, seis menos, el PSOE un 23%, cuatro menos, y la Coalición Democrática, un 7%, dos menos. Entre los incrementos, el PCE subió dos puntos, llegando hasta el 7%, mientras que el PSM,

que pensaba crecer significativamente, pasó únicamente del 3% al 4%. El resto de votos, un 16%, fue obtenido por partidos independientes de ámbito estrictamente municipal.

Más allá de lo descrito, estas elecciones tuvieron también importancia porque añadieron dos nuevos niveles de poder democrático – y por lo tanto de partidos –, a los que en ese momento ostentaban la Asamblea de Parlamentarios y el Consell General Interinsular. Por un lado, 38 alcaldías fueron para la UCD, 4 para el PSOE y 4 para la CD, mientras que 19 fueron para partidos locales incluido el PSM, Y por otro lado aparecían los nuevos Consells Insulares, que gobernados por la UCD (Jeroni Albertí en Mallorca y Fracisco Tutzó en Menorca) y la CD (Cosme Vidal en Ibiza-Formentera), otorgaba otorgaban cotas de poder institucional también al PSM (2 *consellers* por Mallorca y 3 por Menorca), e incluso a IU (1 por Mallorca y 1 por Menorca).

Derivado de todo ello, fue un asunto también muy relevante el pacto postelectoral “marco” entre el PSOE y el PCE bajo el lema “por unos ayuntamientos democráticos”, que si bien en Baleares sólo afectó al paradigmático Ayuntamiento de Palma -resultó elegido Ramón Aguiló del PSOE con el apoyo del PCE y del PSM-, en el resto de España permitió que el PSOE obtuviera las alcaldías de 327 municipios, gracias a los apoyos del PCE y, a su vez el PCE consiguiera 146 alcaldías con el apoyo del PSOE.

La carrera autonomista.

Con este nuevo mapa político, y con la concreción de los anhelados –al menos por parte de los nacionalistas- estatutos de autonomía de País Vasco y Cataluña, en mayo de 1979, se dio el pistoletazo de salida a la carrera por la autonomía en todas partes. Ya nadie quería quedarse sin ella. La palabra superaba la mera definición que le es propia para convertirse en una especie de llave para acceder a la arcadia feliz. ¿Quién era el que no deseaba seguir el camino de autogobierno? Nadie. Para cualquier región hubiera sido una afrenta imposible de digerir quedarse sin su *café para todos*. La expresión, que había hecho fortuna en 1978, venía a definir la

supuesta igualación del derecho a la autonomía por parte de todas las regiones, y no dejar ésta únicamente para las que habían tenido algún tipo de autogobierno durante la Segunda República, esto es Cataluña, País Vasco y Galicia, y a las que se les había dado el privilegio de acogerse a él mediante la denominada “vía rápida”.

Valga aclarar, por cierto, que la primera vez que queda reflejada la futura estrategia del famoso *café* es en el *Diario de Mallorca* del 15 de enero de 1976 cuando el reformista, entonces letrado del Consejo de Estado y diputado por la UCD, Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón escribe que “Cataluña y Vasconia deben ser regiones autónomas, pero también Baleares y Canarias, como Valencia, Aragón, o Castilla... Donde hay un sentimiento regional, consérvese; donde no lo hay, invéntese”. La teoría de los reformistas estribaba en que a través de la generalización de la autonomía se exorcizarían las tentaciones segregacionistas en Cataluña y País Vasco, no controlando que el efecto iba a ser más rápido de lo esperado. La primera región que, tras Cataluña, País Vasco y Galicia, exigió también su autonomía fue Andalucía, pero al no ser región *histórica*, el gobierno nacional tuvo problemas para igualar su techo competencial al resto y el escándalo político fue mayúsculo. El ministro de Cultura y presidente de la UCD de Andalucía, Manuel Clavero Arévalo, dimitió de sus cargos en enero de 1980 y abandonó el partido en desacuerdo con que su gobierno y su partido no diera a Andalucía el trato autonómico de “nación”. El gesto marcó tanto el inicio del fin del partido centrista cuanto el alud autonomista que vendría en los años siguientes.

La crisis de la UCD.

Si las divisiones habidas en la UCD antes de las elecciones de 1979 habían influido poco a nada en la confianza de los electores, las ocurridas a partir de este momento, y durante los dos años siguientes, tendrían un efecto en cadena mucho más demoledor. No había sido baladí el hecho de que Coalición Democrática (CD), con mucha habilidad, votara la investidura de Suárez esperando sin prisa entrar en el gobierno. La invitación no llegó, provocando una escisión entre el polo socialdemócrata y el democristiano. Así, en cuestión de pocos meses, Suárez

transitaba de ser el vencedor en las elecciones de 1979 a situarse en medio de un endemoniado laberinto entre el ataque sistemático de la derecha de Fraga (CD), de la extrema derecha de Blas Piñar (UN), la izquierda de Felipe González (PSOE), y multiplicado todo ello por las divergencias internas capitaneadas por la derecha de Miguel Herrero y por la izquierda de Fernández Ordoñez.

Si a ello sumamos los rumores sobre importantes divergencias entre el presidente y el Rey, la presión de la Iglesia contra la Ley del aborto y la creciente ola nacionalista de vascos y catalanes, la situación para la UCD comenzaba a ser crítica y de extrema debilidad. La situación fue rápidamente utilizada por el PSOE y el PCE para, en mayo de 1980, presentar una moción de censura contra el gobierno de UCD, que si bien fue superada por Suárez deterioró aún más su imagen como presidente. Los meses siguientes fueron de continuo acoso no sin reconcer que la situación de España, tanto política, como económica, y de terrorismo, era absolutamente crítica. Nada más iniciarse el año 1981, el Rey y altos mandos militares le hicieron ver la necesidad de dimitir. Al menos así se publicó a la sazón. Por esto, por agotamiento o por todo a la vez, el caso es que la noche del 29 de enero en efecto dimitió, tanto de presidente del Gobierno como de presidente de la UCD.

La maquinaria de sustitución se puso en marcha inmediatamente para no desestabilizar más el país. En el congreso extraordinario del partido, celebrado el 6 de febrero en Palma de Mallorca, se intentó que el relevo se produjera sin más rupturas. Pero fue imposible. Las dos candidaturas enfrentadas – Rodríguez Sahagún con el apoyo de Suárez, y Landelino Lavilla con el soporte más a la derecha - no llegaron a un acuerdo y el “aparato” tuvo que intervenir haciendo que Rodríguez Sahagún terminara presidiendo la formación, que para todo el mundo había hecho en Palma su particular canto del cisne.

La moribunda UCD designó candidato a la Presidencia del Gobierno a Leopoldo Calvo-Sotelo, pero como muestra del desconcierto político generalizado no consiguió la mayoría en la primera vuelta y tres días más tarde, el 23 de febrero, la sesión de investidura en el Congreso fue interrumpida por un golpe de Estado, de

todos conocido. Resuelta la cuestión, aunque bajo un shock sociológico que duraría años, Calvo Sotelo, era elegido segundo presidente del Gobierno de la democracia por mayoría absoluta.

Pero ni un nuevo Presidente de Gobierno, ni una nueva dirección en su partido evitaron que la situación política se degradara todavía más. En las primeras elecciones autonómicas celebradas en marzo del año anterior en Cataluña y País Vasco, la UCD ya había recibido sonoros fracasos, ganando los respectivos gobiernos autonómicos CIU y PNV respectivamente. De igual manera, en las primeras elecciones gallegas, de octubre de 1981, ocho meses después del intento de golpe, aunque la UCD mantuvo un discreto nivel de voto, la Coalición Popular de Fernández Albor pasó a ser la primera fuerza y a gobernar la ya instaurada autonomía. Y al cabo de otros pocos meses, en las primeras autonómicas andaluzas de mayo de 1982, el PSOE obtuvo un histórico 52% quedando AP como segunda fuerza, y desplazando a la UCD a posiciones insignificantes.

De esta manera, en tres años el mapa político español se había complicado enormemente, pues mientras la UCD era el partido del Gobierno, amén de primera fuerza en el congreso, el incipiente poder autonómico estaba mayoritariamente dirigido por opositores: CIU, PNV, CD y PSOE, amén de la fuerza creciente de éste último y del PCE en los ayuntamientos.

La degradación centrista se había hecho especialmente visible ya desde los primeros meses de 1982. Por un lado, en enero de ese año, un sector de 17 diputados, liderados por el socialdemócrata Fernández Ordóñez, había fundado el Partido Acción Democrática (PAD), el cual terminará presentándose a las elecciones junto al PSOE. Por otro, 4 diputados encabezados por Rodríguez de Miñón se integraron en las filas de Alianza Popular, casi a la vez que 13 diputados democristianos, liderados Oscar Alzaga, fundaban el Partido Demócrata Popular y que también terminaría presentándose en coalición con AP. Mientras tanto, el sector más liberal de la UCD dirigido por Garrigues Walker fundaba el Partido Demócrata Liberal, pero al no llegar a ningún acuerdo de coalición con nadie decidió no presentarse a las generales aunque sí a las primeras autonómicas en

algunas Comunidades, por ejemplo en Baleares donde en coalición con AP y con UL, acabaría por obtener un diputado.

Por si la aguas centristas no estaban suficientemente movidas, en julio de 1982 Adolfo Suárez fundaba el Centro Democrático y Social (CDS) junto a un buen número de disidentes de UCD, entre los que se encontraban Rodríguez Sahagún, Jimenez de Parga, Calvo Ortega, Abril Martorell y otros. Y por último, en no pocas regiones la UCD sufrió la pérdida de militantes significados que se pasaron a partidos regionalistas o nacionalistas, como UPN, PAR, CiU o bien fundaron directamente otros nuevos.

Los partidos en Baleares

A partir de 1980, la UCD balear padeció su particular degradación a semejanza de su referencia nacional. Mientras el ala más derechista veía con progresiva simpatía a la Coalición Democrática, que de la mano de Gabriel Cañellas iba dotándose de músculo organizativo, el ala más regionalista discutía con Madrid la necesidad de un estatuto de autonomía para las Islas. Entre estos dos grupos, el presidente de la formación y senador, Jeroni Albertí, mantenía un equilibrio difícil pero suficiente para tener unido al partido. No obstante, los encontronazos fueron cada vez más intensos y dejaron *cadáveres* por el camino, como Bartolomé Sitjar, miembro de la ejecutiva de la UCD y presidente del Club Liberal, que se fue al Partido Demócrata Liberal acompañado de un buen número de afiliados.

Peor se le pusieron las cosas en 1981. Tras el intento de golpe de Estado, las direcciones de los principales partidos acordaron en Madrid, a instancias del Rey y de altos cargos militares, un freno competencial en la carrera autonómica y que afectaba de llano a las autonomías de “segunda velocidad”. Ello creó nuevas tensiones en la UCD de Baleares, a resultas de las cuales dimitió Enric Ramón Fajarnés como presidente del partido de las Pitiusas, pasándose al PDP. Y para acabar las cosas, unos meses más tarde, en octubre de 1982, el propio presidente de la formación y del Consell General Interinsular, Albertí, no sólo anunciaba el abandono de la UCD, sino la dimisión de todos sus cargos y la creación de un nuevo

partido de centro regionalista, sellando con ello la más que probable derrota centrista en Baleares en las elecciones generales que debían celebrarse apenas unos días más tarde. Tras un revuelo monumental, Albertí anunciaba que la nueva formación, *Unió Mallorquina*, definida como centrista y regionalista, no se presentaría a las elecciones generales del día 28, pero sí a las primeras autonómicas del año siguiente.

Así las cosas, descabezada y rota la formación, su lista de candidatos para las elecciones apenas pudo quedar representada por Rodríguez Miranda, ministro de Trabajo y Seguridad Social, uno de los únicos que le quedaban con un cierto tirón electoral.

Ante este panorama, el PSOE era consciente de que se le avecinaban buenos tiempos. Era la alternativa lógica a ojos de todo el mundo, y su líder nacional, Felipe González, estaba consiguiendo moderar el partido, preparándolo para el acceso al poder. En el XXVIII Congreso, de mayo de 1979, había propuesto abandonar el marxismo pero sus tesis fueron vencidas y dimitió. Fue una retirada estratégica, porque en el cónclave extraordinario de septiembre volvió a ganar la secretaría general y el partido, y esta vez, bajo su férreo liderazgo, dejó definitivamente atrás el marxismo. Desde ese momento su progresión fue inversamente proporcional a la degradación centrista. Ya pocos dudaban de que el PSOE ganaría las siguientes elecciones.

En la Federación Socialista de Baleares se tenía perfecta conciencia de este futuro halagüeño, al menos a nivel nacional, ya que las querellas internas no cesaban. La situación orgánica era caótica. La dirección federal impuso a Félix Pons como presidente de la comisión gestora del partido, hasta la celebración de un congreso extraordinario, a la vez que el también oficialista y dirigente histórico Emilio Alonso, ante la guerra interna decidió apartarse de la carrera por ser candidato. El analista del *Diario de Mallorca* Andreu Ferret escribía el día 13 de septiembre de 1982 que la figura de Pons se acrecentaba inexorablemente ante el caos que empezaba a ser el partido en las Islas. Para el periodista, Pons podía ser “el líder del PSOE *malgré lui*”, pero aún tendría que pasar algunos años para ello.

Porque si en 1979 se vio obligado a presentarse por las presiones recibidas, ahora, en 1982, se iba a negar rotundamente a ello. Al final, la candidatura, prácticamente impuesta desde Madrid, fue encabezada por el exsenador Gori Mir completada con Juan Ramallo, Jaume Ribas y Francisco Gomez al Congreso, y F. Sánchez Cuenca, Antoni Ramis, Antonio Villalonga y Llanos Lozano al Senado.

En el PSM tampoco fueron años tranquilos, a pesar de que las elecciones locales de 1979 fueron relativamente buenas para sus intereses. En este sentido, aunque formalmente sólo había presentado candidatura en cinco municipios (incluido Palma), en realidad estaba presente en no pocas candidaturas independientes, habiendo llegado en las elecciones al *Consell Insular de Mallorca* hasta el 12% de los votos (2 consellers), quedando por detrás de la UCD y del PSOE, pero claramente por encima de sus competidores por izquierda y derecha.

No obstante, la crisis interna estalló en el congreso de diciembre de 1979, evidenciándose la división entre dos tendencias; una radicalmente izquierdista y otra más nacionalista y socialdemócrata. Todos los intentos por acercar posiciones fueron inútiles y tras un año de enfrentamientos, en octubre de 1980 se produjo la escisión definitiva del sector más a la izquierda encabezado por Eberhard Grosske y Rosa Bueno, quienes, junto a otros como el único concejal –que devolvió el acta- en Palma, Jaume Obrador, terminaron formando el efímero partido *Esquerra Mallorquina*. Precisamente el sustituto de Obrador en el consistorio palmesano, Joan Perelló, fue el elegido para encabezar la candidatura al Congreso en las elecciones generales de un año después.

También el PCE-PCIB pasó su particular calvario. No fueron, empero, divergencias autóctonas. El fracaso en las elecciones generales de 1979 había sido compensado con una sensible subida en votos tanto en los comicios locales como en los preautonómicas, (del 5% al 7%), llegando a tener, además de dos concejales en Palma, unos veinte más en el resto de ayuntamientos y un *conseller*, Josep Valero, en el CGI. Sin embargo, la traslación a Baleares de los enfrentamientos que en toda España sufría el PCE fue un hecho. Los grupos en disputa eran, por un lado, los que apoyaban a la dirección nacional de Carrillo, llamados oficialistas, y que en

Baleares representaban Francisca Bosch y Josep Valero, y los que deseaban una renovación del partido a fondo, opción abanderada en las Islas por el concejal de Palma, Ignasi Ribas. Al final, en 1982, se impusieron los oficialistas y la lista quedó encabezada por Bosch al Congreso y Valero al Senado, mientras que casi todos los renovadores, incluido Ribas, fueron apartados de los órganos de dirección.

En la derecha, Alianza Popular había celebrado su III Congreso en el mes de diciembre de 1979, eligiendo a Manuel Fraga presidente y a Jorge Verstrynge secretario general, además de al senador por Ibiza Abel Matutes vicepresidente nacional. Entre 1979 y 1982, y conforme de iba desgranando la UCD, Alianza Popular se coaligó con algunas de las ramas salidas del partido centrista como el Partido Demócrata Popular y el Partido Liberal, así como con otros de tipo regionalista como Unión Valenciana, Unión del Pueblo Navarro o el Partido Aragonés Regionalista. Si bien los resultados de las elecciones locales de 1979 habían sido incluso peores que en las generales, en las primeras elecciones autonómicas fueron razonablemente buenos, subiendo en votos en de Cataluña y País Vasco, ganando en Galicia y quedando los segundos en Andalucía, lo que les impulsó a acometer las elecciones generales con el ánimo sino de ganar al PSOE sí de quedar al menos en segunda posición.

En Baleares este camino preelectoral vino marcado por su I Congreso Regional, celebrado el mes de junio de 1980 en Felanitx (Mallorca). Allí salió reelegido Gabriel Cañellas como presidente, después de un intenso trabajo sumando a los escindidos de la UCD. Pronto se formalizó el pacto con el PDP, lo que terminó por dotar a AP de un marcado carácter centrista y moderado, alejándose de la imagen excesivamente derechista de los hombres fuertes del Movimiento Nacional, como había sido la AP anterior. En este clima de relativa pazo no hubo dudas para las listas, que quedaron encabezadas por el insustituible Abel Matutes para el Congreso, seguido de José Cañellas, hermano de Gabriel, mientras que para el Senado fueron elegidos candidatos Joaquín Ribas de Reyna, Victoria Florit y Enrique Fajarnés, por Mallorca, Menorca e Ibiza-Formentera respectivamente.

La campaña

Pasado el verano de 1982, España se enfrentaba a las elecciones sumida en la grave desaceleración económica que había comenzado en 1974 en toda Europa por la crisis del petróleo y que había originado un elevadísimo desempleo, bajo crecimiento y una inflación disparada, a lo que había que añadir fuga de capitales y urgentes necesidades de reconversión industrial, sobre todo en siderurgia y minería, entre otros sectores estratégicos. Y por si esto fuera poco, el terrorismo de ETA y de los GRAPO no paraba de provocar muertos y mantenía en tensión a la sociedad española, y en casi jaque a las instituciones. La precampaña electoral se desarrollaba pues bajo este ambiente de crisis permanente, además de las ya mencionadas tensiones territoriales derivadas de las difíciles negociaciones sobre el desarrollo autonómico.

Pero en términos estrictamente electorales todos los análisis de los medios de comunicación giraban sobre otros interrogantes producto de la situación: ¿desaparecería UCD?, ¿ganaría por mayoría absoluta, inédita hasta entonces, el PSOE?, ¿sería la derecha AP el segundo partido y por lo tanto líder de la oposición ?.

En Baleares, todo el mundo daba por descontada la catástrofe electoral del otrora poderoso partido centrista. “Abatimiento en UCD”, titulaba *Diario de Mallorca* el 20 de septiembre. Miguel Ángel Llauger, aún dirigente de este partido, revelaba a este diario sus temores: “estoy preocupado por el futuro de UCD”. El líder del Partido Democrático Liberal, Bartolomé Sitjar, quien intentaba acercarse al neonato *Unió Mallorquina*, añadía leña al fuego: “UCD no conseguirá ningún diputado en Baleares”, mientras que en el PSOE daban también por perdidos a los centristas: “nuestro adversario es AP”, decía el candidato Gregori Mir. Cuando Maximiliano Morales –que había sustituido en los cargos institucionales y orgánicos a Albertí– abandonó UCD el 22 de septiembre, reflexionaba, interesadamente, en el diario *Baleares*: “me pregunto si existirá UCD después de las elecciones”.

Tanta unanimidad no era extraña si se tiene en cuenta que cuando la dirección nacional había decidido que Santiago Rodríguez Miranda fuera el número 1 al Congreso se dieron de baja en bloque los comités locales del partido en Montuiri, Pollensa, Sóller, Capdepera, Sant Joan y Llucmajor. Era un ejemplo más de cómo todo el mundo huía del barco que naufragaba, utilizando para ello cualquier excusa. A pesar de los pesares el principal candidato, inasequible al desaliento, intentaba mostrarse optimista: “el espectro político de las Islas es, ha sido y debe seguir siendo mayoritariamente centrista”, decía a *Última Hora*. Era un optimismo de salón y el candidato lo sabía. Años después resumía Rodríguez Miranda su decisión, en una entrevista en la ya citada *Memòria Viva*: “había sido representante de la UCD y pensé que debía estar hasta el final. Quise dar un ejemplo de coherencia. A pesar de que sabía lo que se nos avecinaba, quise esperar hasta el final”.

Mientras, en el recién nacido CDS se amontonaban los problemas. Sus dirigentes, como Josep Melià Pericàs, Francesc Quetglas y Celestí Alomar intentaban mantener alta la moral asegurando en rueda de prensa el 2 de octubre –según recogía el *Baleares*- que harían una campaña “original” e “intensa” que consistiría sobre todo en el trato “persona a persona”. Un tópico que haría fortuna en todos los partidos durante los años siguientes como eufemismo para no tener que reconocer que no tenían nada novedoso que hacer, y a menudo, ni qué decir.

En cuanto a la segunda gran cuestión de la campaña, si el PSOE obtendría o no la mayoría absoluta, muchas voces la daban por descontada. En el mes de septiembre el semanario *Cambio 16* había titulado “Si el centro se presenta dividido, el PSOE tendrá mayoría absoluta”. Y tan dividido como se presentó. En el ámbito nacional UCD por un lado, el CDS por otro y la Coalición Democrática un poco más allá. Todos hablando de un centro que apenas tenía ya utilidad electoral. En Baleares, además de los tres referidos había que sumar la nueva *Unió Mallorquina* que aunque no concurría ni pedía el voto para nadie, por no estar siquiera organizada, seguía nutriéndose de fugados de la UCD y por tanto debilitando esta opción hasta días y horas antes de la apertura de las urnas.

Ante la degradación centrista el PSOE puso en marcha en Baleares la misma estratégica moderación que en toda España, para atraerse así parte del sufragio moderado que había sido de UCD. Sus mítines durante la campaña daban fe de la capacidad de convocatoria. El acto central, el 9 de octubre en Palma en el Estadio Balear, en el barrio de Son Gotleu, congregó a más de 12.000 fieles, desgañitándose con vítores a Felipe González.

Y la tercera cuestión básica en aquella campaña era si la Coalición Democrática lograría ser la segunda fuerza, desplazando a las otras opciones como el PCE, la UCD o el nuevo CDS. En esta ocasión CD emuló a la izquierda, apostando a fondo por actos públicos. Bastante segura de su fuerza, no tenía inconveniente en convocar a sus fieles a actos en todas las ciudades y pueblos de Baleares. Y le respondieron. Muy diferente era esta situación a lo que había acontecido en 1979 y 1977, cuando sus campañas fueron básicamente a través de propaganda pagada en periódicos y carteles electorales. Ahora exhibía músculo organizativo. El 8 de octubre llegó Manuel Fraga a Palma, y ante un buen número de entregados simpatizantes, congregados en el Palacio de Deportes, proclamó su ideología perfectamente adaptada a las circunstancias: “soy escasamente de derechas, soy un liberal conservador”. A pesar de que el candidato de UCD, Rodríguez Miranda, intentaba exorcizar la progresión de CD –“el crecimiento de AP es un bluf”, decía a la prensa el 11 de octubre-, la apuesta de Fraga estaba orientada a ser, al menos, la segunda fuerza y por ello se moderaba todo lo que podía, y le estaba funcionando. Como había dicho el candidato isleño Gori Mir, en declaraciones recogidas por *Última Hora*, su objetivo era “vencer a CD, no a la UCD” a la que daba por desaparecida.

En la cuarta esquina del ring, el resto de la izquierda, al margen del PSOE, se olía el aplastamiento. El candidato del PSM, Joan Perelló, había firmado una campaña imaginativa, basada en el nacionalismo y en la apuesta por la protección del territorio, activando a un grupo numeroso de voluntarios y llamando a la necesidad de no caer bajo “el bipartidismo nefasto” de CD y PSOE. Pero a pesar de este optimismo disimulado, su objetivo en las elecciones era meramente superarlas para centrar su interés en las siguientes autonómicas. La meta

nacionalista era, como decía el el 26 de octubre Perelló y recogía el diario *Baleares*, “consolidarse como opción propia entre la derecha y la izquierda”.

El líder comunista José Valero, aún consciente que el ascenso del PSOE le dejaba sin posibilidades, declaraba el 16 de octubre ante la prensa que su partido “podrá arañar un diputado” gracias a que su programa electoral “se ajusta a la realidad de las islas”. Evidentemente era mera impostura de campaña. Al igual que el PSM, el PCIB-PCE sabía muy bien lo que se le avecinaba, como también lo sabían los escindidos del PSM, el nuevo partido *Esquerra Mallorquina*, liderado por Eberhard Grosske, el cual, con buen criterio, decidió hacer mutis por el foro anunciando el 25 de octubre que se retiraba, pidiendo el voto para el PSOE.

Esta vez la campaña electoral se dilucidó mucho en la calle. Todos los partidos usaron los actos públicos casi por igual. Pero si hubo un recurso que triunfó fue el de los debates entre candidatos. Se organizaron por doquier: en centros de cultura, en sedes de organizaciones vecinales, en centros recreativos... Hubo días en que se celebraban dos y tres debates en Palma entre todos los partidos con más presencia en la campaña.

Los resultados nacionales

Llegó el 28 de octubre. Al cerrarse las urnas, el recuento fue todavía muy lento. No tanto como en 1979 o 1977, pero muchísimo más que lo que lo sería cuatro años después. Y el primer dato fue demoledor: la participación alcanzó el 80%, la mayor de toda la historia electoral, doce puntos más que en las anteriores e incluso uno más que en las de 1977. Enseguida se intuyó que este incremento tan espectacular era consecuencia de un profundo cambio en las preferencias políticas de los españoles, y por lo tanto en los resultados: la UCD bajó 28 puntos, del 35% al 7%, pasando de la primera a la tercera fuerza. La Coalición Popular de Fraga subió del 6% al 27%, un aumento de 21 puntos que le convirtió en la segunda opción y a Fraga líder de la oposición. Por último el PSOE de Felipe González, ganador indiscutible de las elecciones, creció del 31% al 48%, consiguiendo así una

holgada mayoría absoluta parlamentaria de 202 diputados, jamás superada hasta la fecha.

Con estos datos, fue evidente que el mayor flujo de voto se dio entre la UCD y la CP, y en segundo lugar entre la UCD y el PSOE, aunque a este partido, además, le vinieron votantes de la abstención y del PCE, que bajó también espectacularmente del 11% al 4%. El nuevo partido de Suárez, el CDS, obtuvo apenas un 3%, que le vinieron casi en su totalidad de votantes de la UCD, más fieles a la figura de Suárez que al convencimiento en un proyecto de centro.

En cuanto a las opciones nacionalistas y regionalistas, y a pesar del vuelco observado hacia ellas en las elecciones autonómicas de Cataluña y País Vasco, sus apoyos no experimentaron ninguna variación significativa respecto del año 1979, bajando sólo un punto del 10% al 9%. Se empezaba a dibujar pues una tendencia según la cual muchos votantes optarían en el futuro por partidos nacionales en elecciones legislativas, y por partidos nacionalistas y/o regionalistas en autonómicas y/o locales: un doble comportamiento nacional-regional según el tipo de elección, y que con el tiempo sería denominado voto dual y objeto de multitud de análisis.

Los resultados en Baleares

En Baleares el recuento mostró el mismo comportamiento observado en toda España. Con una oferta electoral de 15 partidos, dos más que en al año 1979, la participación fue del 80%, trece puntos más que en 1979, la mayor de todo el registro electoral.

Elecciones generales 1982 en Baleares. Resultados al Congreso

	Resultados en miles					Resultados en %				
	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Formentera	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Formentera
Censo electoral	463.823	380.480	40.213	40.384	2746					
Voto emitido	369.497	306.093	32.946	28.498	1960	79,66	80,5	81,9	70,6	71,4
Voto nulo	15.712	12.384	1.432	1.786	110	4,25	4,1	4,4	6,3	5,6
Voto en blanco	2.109	1.744	254	106	5	0,6	0,6	0,8	0,4	0,3
TOTAL CANDIDATURAS	351.676	291.965	31.260	26.606	1845	100	100,0	100,0	100,0	100,0
PSOE - PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL	142.837	118.901	14.328	8.756	852	40,62	40,7	45,8	32,9	46,2
CD (AP-PDP) ALIANZA POP. - PART. DEM. POPULAR	132.957	109.314	9.470	13.419	754	37,81	37,4	30,3	50,4	40,9
UCD - UNION DE CENTRO DEMOCRATICO	36.779	29.929	4.155	2.595	100	10,46	10,3	13,3	9,8	5,4
CDS - CENTRO DEMOCRATICO Y SOCIAL	18.434	16.498	1.001	851	84	5,24	5,7	3,2	3,2	4,6
PSM - COAL. ELECTORAL PSM-NACION. DE LES ILLES	8.392	6.912	1.425	47	8	2,39	2,4	4,6	0,2	0,4
PCE - PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA	5.800	4.790	477	518	15	1,65	1,6	1,5	2,0	0,8
PST - PART. SOCIALISTA DE LOS TRABAJADORES	1.795	1.501	97	180	17	0,51	0,5	0,3	0,7	0,9
PCOE - PARTIDO COMUNISTA OBRERO ESPAÑOL	1.260	1.080	82	90	8	0,36	0,4	0,3	0,3	0,4
FN - ASOCIACION POLITICA FUERZA NUEVA	885	726	119	40	0	0,25	0,3	0,4	0,2	0,0
PCE (M-L) - PART. COMUNISTA DE ESPAÑA	676	600	35	40	1	0,19	0,2	0,1	0,2	0,1
UCE - UNIFICACION COMUNISTA DE ESPAÑA	542	469	36	33	4	0,15	0,2	0,1	0,1	0,2
SE - SOLIDARIDAD ESPAÑOLA	520	456	34	28	2	0,15	0,2	0,1	0,1	0,1
LCR - LIGA COMUNISTA REVOLUCIONARIA	414	405	-	9	0	0,12	0,1	0,0	0,0	0,0
EM - AGR. DE ELECTORES ESQUERRA MALLORQ.	358	358	-	-	0	0,1	0,1	0,0	0,0	0,0
FE-JONS - FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS	27	26	1	-	0	0,01	0,0	0,0	0,0	0,0
Diputados electos: Abel Matutes, José Cañellas y Ricardo Squella (CD) y Gregorio Mir, Juan Ramallo y Jaime Ribas (PSOE)										

Senadores electos			
Isla	Partido	senador	votos
Mallorca	AP-PDP	J. RIBAS DE REYNA	107.192
Mallorca	PSOE	F. SANCHEZ-CUENCA MARTINEZ	116.489
Mallorca	PSOE	A. RAMIS REBASSA	116.435
Menorca	PSOE	A. VILLALONGA RIUDAVETS	12.080
Eivissa-Formentera	AP-PDP	E. RAMON FAJARNES	14.849

Los movimientos de voto fueron similares en su proporción a los registrados en todo el conjunto nacional, con una bajada muy significativa de la UCD y el aumento correlativo de Coalición Popular y del PSOE, aunque más en el primer caso que en el segundo. Así, a pesar del significativo aumento de la participación, más de cien mil ciudadanos dejaron de votar a la UCD, 38 puntos menos, pasando del 49% al 11%, y quedando además sin representación parlamentaria. Esta pérdida absoluta y relativa de votos, no superada hasta la fecha por ningún partido, supuso el triunfo del PSOE, que incrementó sus apoyos en algo más de cincuenta mil votos y once puntos, pasando del 30% al 41%. No obstante, este aumento fue menor que el experimentado a nivel nacional, y sólo le supuso ganar un diputado más, pasando de dos a tres y viendo como casi todos los votos de la UCD se iban a la CD que pasaba del 9% al 38%, 29 puntos y casi 107.000 votantes más, empatándole a tres escaños.

Es importante recordar que la Coalición Democrática estaba integrada no sólo por AP y el PDP, si no por el apoyo no formal de la incipiente Unión Liberal, cuya presencia en Baleares era muy superior al resto de España y que incluso permitió en Ibiza ser la fuerza más votada con el 50% de los votos, cuando el PSOE lo era en el resto de las Islas.

Debido al voto acumulado entre estos cuatro partidos, y en paralelo a lo ocurrido en el resto de España, donde los partidos nacionalistas habían sufrido un decremento de dos puntos, la Coalición Electoral *PSM-Nacionalistas de las Illes*, único partido nacionalista de las Islas, obtuvo unos nefastos resultados, pasando del 3% al 2%, y quedando muy lejos de obtener representación, cuyo valor teórico hubiera sido del 13%. El resto de partidos, hasta diez, no sumaron entre todos ni un 5%, siendo el mayor de ellos el PCE que literalmente se estrellaba con cinco mil setecientos votos, menos del 2%.

Por Islas, el comportamiento de voto fue prácticamente el mismo en todas ellas, exceptuando Ibiza que con una participación significativamente menor, había votado masivamente a la CD igual que había ocurrido cuatro años antes. La

distribución municipal condensaba el poder del PSOE nuevamente en Menorca -Es Castell y Maó esencialmente-, en Formentera y en los municipios de grandes de Palma -Calvià y Lluçmajor- además de en feudos que empezaban a ser tradicionales como Alaró, Esporles, Binissalem, Lloseta o Artà, en los cuales obtuvo registros por encima del 45%. La CD ganó en 39 consistorios -frente a 26 en que ganó el PSOE-, superando el 45% de los votos en Campos, Lloret, Sa Pobla, Muro, Búger, Campanet, Sta Margalida, Valldemossa o Ses Salines. La UCD aún fue el partido más votado en Santanyí y Deià, con pesos superiores al 30%, mientras que el CDS obtuvo sus mejores registros, por encima del 25%, en Banyalbufar y Artà. En cuanto al PSM, sólo obtuvo más del 10% en Campanet, Algaida, Escorca y Montuiri, y el máximo valor del PCE, un 5%, se registró en Es Castell.

En cuanto a la contraposición derecha-izquierda, la convergencia entre ambas era patente a pesar de un cierto escoramiento a la derecha. El centro derecha había pasado del 66%, al 60% y ahora al 50% (UCD, CDS, CD, FN, SE), mientras que la izquierda incrementaba del 34% al 40%, y ahora al 46% (PSOE, PSM, PCIB, PST, PCOE, UCE). Sin embargo, comparando estos datos con la media nacional, las Islas seguían siendo más proclives a la derecha, o al centro derecha si se quiere, siendo la deriva de toda España de un 60% a 40% a favor de la izquierda.

....

Una vez más los resultados electorales dejaron vivos solamente a un puñado de partidos. La selección electoral, por así llamarla, estaba causando estragos. Además de los dos con representación, solamente tres, CDS, PSM y PCE-PCIB pudieron seguir sobreviviendo, esperando que sus opciones de futuro pasasen por un buen resultado en las primeras elecciones autonómicas, que se celebrarían sólo un año después. Muy diferente era la situación para la UCD: ya no tenía futuro a pesar de que su presidente en funciones, Luís Piña, decía a la prensa el 7 de noviembre que los reunidos el día antes, a modo de dirección, habían decidido "continuar como partido". El 18 de febrero del año siguiente se disolvía. Era la certificación del fin de un ciclo político y electoral que había supuesto caminar de

los albores hasta la consolidación democrática. Ahora se iniciaba otra fase dominada por la izquierda moderada de Felipe González.

En Baleares, a pesar de la victoria socialista por primera vez, el resultado excelente de la derecha, reunida en la Coalición Democrática, alboreaba su fuerza futura.